



GABRIEL TARDE

FRAGMENTO DE

HISTORIA FUTURA

Prefacio de René Schérer

Fin de siglo. Una utopía estética

Traducción de Pablo Ires

Tarde, Gabriel

Fragmento de historia futura / Gabriel Tarde; Prefacio de Schérer, René

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cactus, 2025

- 144 p.; 18 x 11 cm - (Objetos encontrados; 1)

Traducción de: Pablo Ariel Ires

ISBN 978-631-6714-01-5

1. Ciencia Ficción. 2. Ensayo Filosófico. 3. Narrativa.

I. Schérer, René, , pref. II. Ires, Pablo Ariel, trad. III. Título.

CDD 843

Título original: *Fragment d'Histoire Future*

Autor: Gabriel Tarde (1896)

Esta edición © Editorial Cactus, 2025

Traducción: Pablo Ires

Maquetación: Manuel Adduci

Impresión: Talleres Gráficos Elías Porter y Cía. SRL

ISBN: 978-631-6714-01-5

IMPRESO EN LA ARGENTINA * * * PRINTED IN ARGENTINA

www.editorialcactus.com.ar

info@editorialcactus.com.ar

Índice

Objetos encontrados	7
Prefacio. <i>Fin de siglo. Una utopía estética</i> (por René Schérer)	9
Gabriel Tarde	
Fragmento de historia futura (1896)	45
I. <i>La prosperidad</i>	49
II. <i>La catástrofe</i>	63
III. <i>La lucha</i>	71
IV. <i>La salvación</i>	89
V. <i>La regeneración</i>	97
VI. <i>El amor</i>	115
VII. <i>La vida estética</i>	125

Objetos encontrados

Hay opúsculos que están perdidos sin que se le pueda echar la culpa a alguien por el descuido: ni a la cultura, ni a los cultos, ni a la historia, ni a la humanidad, ni siquiera a la simple desidia del paso del tiempo. Se perdieron ellos solos, sin ayuda, por andar errando por afuera –por extravagantes–. Despistados de la obra como sistema o como plan, o extraviados de la órbita de su época, plantas sin raíces en el suelo biográfico o cultural en el que crecieron.

¡Bienvenidos al lugar común de los que le niegan al pensamiento todo lugar común! Circo de contrahechos, comparsa de torcidos, carnaval de lo insólito. El albergue
Objetos encontrados.



Prefacio

Fin de siglo. Una utopía estética

*Seamos excesivos a riesgo de
pasar por extravagantes*
Gabriel Tarde

Ya no se lee, ya no se enseña a Tarde, y es un error. Encontraríamos en él ideas extrañas y profundas, mezcladas con poesía, teñidas de humor. Muy útiles, en verdad, para despertar de su letargo a nuestra época desengañada.

Solo tomaré como ejemplo estas lapidarias fórmulas extraídas de un libro muy injustamente abandonado tras el momento de notoriedad que conoció, *Las leyes de la imitación*, fechado en 1890: “La sociedad es la imitación, y la imitación es una especie de sonambulismo”. O mejor aún, y más impactante, algo que suena a Calderón de la Barca: “El estado social, así como el estado hipnótico, no es sino una forma de sueño”¹.

¹ *Les lois de l'imitation*, París, Félix Alcan, 1890, p. 97.

En la época en que esto fue escrito, una retórica brumosa, el hecho de que la sociedad fuera esencialmente imitativa sacudía un chamuyo muy comúnmente extendido sobre “el espíritu de los pueblos”, surgido de Hegel, o sobre la “conciencia colectiva” y el “yo colectivo”, introducidos por Émile Durkheim y su escuela. Según Tarde, entidades verbales y vacías. Para él, no hay otra cosa que individuos, multiplicidades, agregados. Y es también gracias a la teoría de la imitación que derriba los mitos del determinismo biológico, que desenmascara el fantasma del “criminal de nacimiento” caro a los criminólogos italianos de la escuela de Cesare Lombroso, un prejuicio nefasto que periódicamente es reavivado (el cromosoma de más o de menos) por la charlatanería médico-jurídica.

No existe otra cosa que lo sociológico, entendamos por ello, lo microsociológico. Nada se produce ni se difunde si no es por acontecimiento singular, acción gradual, imitación amplificante. Toda una lógica a descifrar de la complejidad que no solo preside las acciones humanas, sino también las operaciones del mundo orgánico, los movimientos de lo inorgánico. Puesto que la noción de “copia” –que, notémoslo al pasar, hizo fortuna desde entonces en la genética– debe ser extendida hasta los átomos, dado que todo en el universo puede ser reconducido hacia miríadas de pequeñas “sugestiones” imitativas e infra-conscientes, “de célula a célula”, “así como de persona a persona en la vida social”.

Tarde discute a su época cierto dogmatismo sociológico que se coloca bajo una apariencia de novedad.

Pero estamos en condiciones, todavía hoy, de apreciar la pertinencia de esas estimaciones cuando se nos habla todos los días de “mentalidades”, “opinión”, “fenómenos de sociedad”, como si fueran seres que tuvieran ellos mismos una consistencia propia. Siempre, al principio y en principio, es posible detectar iniciativas de influencia y sugestión.

La opinión pública, llamada soberana, depende por entero de pequeñas operaciones, de inflexiones iniciales muy individualmente localizables, a las que la potencia de difusión de los medios de comunicación otorga una extensión sin límite. Potencia de aquellos que ocupan los puestos de esos poderes, en la televisión, la radio, en la edición, el periodismo, en los grupúsculos, en los *lobbies* de los que son instrumentos o portavoces. Esto es, no lo que expresa, sino lo que compone y constituye la “opinión”, las llamadas “mentalidades”.

Seguramente, existen también acciones de vuelta, reciprocidad. Cada parte, cada elemento que imita, es a la vez activo y pasivo. Él repercute. Incrementa el impulso, lo modifica; lo deforma o lo enriquece; lo devuelve, en un movimiento sin fin, a su emisor.

Así nacen y se transforman en “fuerza de las cosas” los hechizos, los fanatismos, los consensos.

Si nos liberamos de esto, si nos despertamos o creemos hacerlo, no es porque podamos acceder, más allá de la red social que se trama, a otro dominio, a una “verdad en sí”. Solo se trata de añadir otros hilos, ampliando los puntos de vista. De ahí la importancia de los cambios de ambiente, de los intercambios. La

verdad está siempre puesta en perspectiva, en los cruces de perspectivas. Todo sucede aquí como en la toma de conciencia del niño: “Cuando un estudiante de diez a doce años pasa de la familia al colegio, primero parece que es desimantado, despertado del sueño respetuoso en el que había vivido hasta allí en la admiración de sus padres. Para nada, se vuelve más admirativo, más imitativo que nunca, sometido al ascendente o bien de uno de sus maestros, o más bien de algún compañero prestigioso, y ese despertar presente no es sino un cambio o una superposición de sueños”.

¡Qué magnífica, qué gran idea la de la sociedad sonámbula! Ella nos sujeta, y no estamos cerca de escapar, a pesar de las ilusiones que mantienen las inciertas ciencias de la moral, del derecho y de la economía política. La única salida es excavar cada vez más en el sueño, siguiendo la línea de nuestros deseos.

* * *

La vida es sueño. Mejor aún, múltiples sueños encadenados. Absolutamente nada impone, según leyes necesarias, que un sueño mejor suceda a un sueño peor. No hay más que probabilidades estadísticas, ninguna necesidad rigurosa, tanto en sociedad como en la historia. Solo lo contingente: en todo momento, siempre algo peor es posible. La sociología de Tarde es también el cuestionamiento de la ley de un Progreso automático y continuo, que había sido el *credo* de los tecnócratas de la época, que sigue siendo, en gran parte, el de los nuestros.

GABRIEL TARDE
FRAGMENTO DE
HISTORIA FUTURA

(1896)



Fue hacia fines del siglo xxv de la era prehistórica, año llamada era cristiana, que tuvo lugar, como se sabe, la inesperada catástrofe de donde proceden los nuevos tiempos, el feliz desastre que forzó el río desbordado de la civilización a hundirse por el bien del hombre. He de contar brevemente ese gran naufragio y ese inesperado salvataje tan velozmente consumado en pocos siglos de heroicos y triunfantes esfuerzos. Por supuesto, pasaré por alto los hechos particulares que son conocidos por todos y solo me atenderé a las grandes líneas de esta historia. Pero antes conviene recordar en pocas palabras el grado de progreso relativo al que ya había llegado la humanidad, en su período exterior y superficial, en vísperas de aquel grave acontecimiento.

I

La prosperidad

El apogeo de la prosperidad humana, en el sentido superficial y frívolo de la palabra, parecía alcanzado. Desde hacía cincuenta años, el definitivo establecimiento de la gran federación asiático-americano-europea y su dominio indiscutido sobre lo que todavía quedaba de barbarie inasimilable, aquí y allá, en Oceanía o en África Central, había acostumbrado a todos los pueblos, convertidos en provincias, a las delicias de una paz universal y en adelante imperturbable. Menos de ciento cincuenta años de guerras fueron necesarios para desembocar en ese maravilloso desenlace. Pero todos esos horrores estaban olvidados; y tantas batallas espantosas entre ejércitos de tres y cuatro millones de hombres, entre trenes con vagones acorazados lanzados a todo vapor y que disparaban unos contra otros desde todas partes, entre escuadrones

submarinos que se fulminaban eléctricamente, entre flotas de globos blindados, arponeados, estallados por torpedos aéreos, arrojados desde las nubes con millares de paracaídas bruscamente abiertos que se ametrallaban también al caer juntos; de todo aquel delirio belicoso, no quedaba más que un poético y confuso recuerdo. El olvido es el comienzo de la felicidad, así como el temor es el comienzo de la sabiduría.

Por una única excepción, los pueblos, tras esta gigantesca hemorragia, saborearon no el letargo del agotamiento, sino la calma de la fuerza incrementada. Esto se explica. Desde hace alrededor de un siglo, los consejos de revisión, rompiendo con la ciega rutina del pasado, seleccionaron con cuidado a los jóvenes más valiosos y mejor dotados para exonerarlos del servicio militar, convertido en completamente automático, y enviaron a la milicia a todos los inválidos, más que suficientes para el rol fuertemente disminuido del soldado e incluso del oficial inferior. Eso era selección inteligente, y el historiador no sabría faltar al deber de alabar con gratitud esta innovación, gracias a la cual a la larga se formó la incomparable belleza del actual género humano. En efecto, cuando ahora vemos detrás de las vitrinas de nuestros museos de antigüedades, esas singulares antologías de caricaturas que nuestros ancestros llamaban álbumes fotográficos, podemos comprobar la inmensidad del progreso realizado de tal suerte, suponiendo que descendamos realmente de esos feúchos y homúnculos, como lo atestigua una tradición por otra parte respetable.